

derecho insulso de nacimiento y, en las intelectuales, en esa miserable inclinación á la mentira, á la adulación y á la bribonada, que corroe nuestro cuerpo social como una maldición y que nos hace tan cobardes para la lucha y tan infelices para enfrentarnos y desañar el destino.....

El Alcaide cruzó el patio y, dirigiéndose al calabozo donde hacía cinco días estaba encerrado Enrique, abrió primero la puerta de madera. A pesar del ambiente corrompido del patio y que el Alcaide soportaba perfectamente por haberse acostumbrado á él, tuvo que hacerse á un lado al abrir la hoja de madera, debido á la bocanada de pestilencia que salió del calabozo. Despues abrió la reja de hierro y vió á Enrique tirado en el suelo sobre los cobertores que le servían de lecho.

El bote de hoja-de-lata que servía de letrina, casi derramaba su inmundo contenido. Enrique, sucio, pestilente, con el cabello en desorden, embrutecido por la morfina y el tabaco, casi estaba insensible; se había quitado los zapatos y los calcetines conservaban huellas de la porquería de la letrina que había repelido ya algo de su asqueroso contenido.

El Alcaide le habló:

—¿Como le vá, D. Enrique? ¿Tiene la bondad de levantarse? Lo necesita el Señor Juez.

Enrique alzó la cabeza y en su cara, casi muerta la inteligencia y agónica la materia, en aquellos cinco días de sufrimiento y de embriaguez y en que el veneno del tabaco y la morfina lo iban matando lentamente, se dibujó un gesto que parodiaba dolorosamente la sonrisa perenne de extrema amabilidad que le hemos conocido.

—¿Qué? ¿Qué dice?—interrogó sin poderse levantar más que á medias.

—Que el Señor Juez lo necesita.

—¿A mí? ¿Para qué será? ¿Vd. sabe? Bueno. ¿Dónde está? Yo tengo también que hablar con él. Es cualquier cosa, cuestión de cinco minutos. Háblele pues.

No se daba cuenta de lo que se trataba ni de lo que decía. Probaba levantarse y volvía á caer. Acostado se restregaba los ojos y se metía los dedos por entre el pelo desordenado y con toda su fuerza se rascaba la cabeza. Dos veces extendió la mano trémula sobre el piso, como buscando algo, y se ensució en la porquería de la letrina; no se dió cuenta de ésto. Su cerebro estaba saturado de las brumas venenosas de las sustancias absorbidas.

—No, hombre. Vd. es el que ha de venir—le dijo el Alcaide—A ver; levántese.

Algunos presos se acercaron á la puerta á curiosear.

Enrique probó levantarse y no lo logró.

—No puedo. No sé qué me pasa.

—A ver. Entren dos de VV. á ayudarle—dijo el Alcaide á los presos. Entraron dos que rudamente lo pusieron en pié.

—Tráiganselo—les dijo.

Enrique se les iba de un lado para el otro, vacilando, suelto de nervios, sin fuerzas, como un costal vacío. Los presos lo sostenían como á un cuerpo muerto.

—Vénganse "pa cá" con él—les ordenó el Alcaide.

Todos los presos se fijaban en él con lástima y uno de ellos entró al calabozo y sacó los zapatos que le puso, haciendo esfuerzos, por que lo dificultaban los calcetines sucios. Luego, sostenido por los dos presos, fué llevado, arrastrado y sostenido como una piltrafa de carne humana.

Al entrar el grupo á la pieza donde estaban los Leguleyos, Robleda fingió limpiarse una mancha de chile colorado que tenía en el pantalón y Castañeta guardaba silencio sentado delante de la mesa, y apoyado de codos en ella,

agachaba la cabeza simulando profunda meditación.

Los presos condujeron á Enrique enfrente á Castañeta, al otro lado de la mesa que ocupaba. Probaron dejarlo solo, pero comprendieron que se caería al suelo, entonces el Alcaide acercó una silla de brazos y lo sentaron.

—Retírense de aquí—les ordenó; luego él se marchó también.

Enrique quedó allí. Del interior de la cárcel se percibía el rumor de las voces de los presos, apagado por los cristales de las ventanas. Del cuerpo de guardia llegaba de vez en cuando ruido de pasos. De allá lejos, muy lejos, venía la vibración potente de las máquinas generadoras de la fuerza omnipotente que el Genio de Volta y de Ampere legó al mundo como una herencia de fraternidad. El ambiente se estremecía con los rugidos del supremo potencial secreto descubierto por Denis Papin en el dulce y poético aislamiento de su "home" y multiplicado por las creaciones de Fulton y de Watts; la atmósfera se saturaba del calor de los hornos en que se fundían las riquezas de la pródiga madre tierra y se sentía la palpitación de millares de brazos y millares de inteligencias, bajo millares de sudorosas frentes, que heroicamente

se afanaban en las minas, en un esfuerzo sobrehumano, múltiple y solidario, en la producción infinita del poder de los hombres; el sol daba la vida y la multiplicaba prolíficamente y encendía en la sangre el amor y la dicha; cruzaban el espacio, crepitando misteriosamente, ondas que llevaban hasta el confin del universo el pensamiento humano, caminando en la libre vía del infinito sin las barreras en que tropezó la creación de Morse y Hughes y que Marconi echó abajo al conjuro mágico de su fecundo cerebro . . . todo era vida, alma, espíritu, amor, . . . solo el hombre-bestia, lobo del hombre, preconizaba con su egoísmo ó con su codardía el fatalismo del dolor ó de la crueldad humanas.

Luego que Enrique quedó sentado, entrecerró los ojos y en su cara se difumaba dolorosamente su amable expresión.

Pasó como un minuto. Castañeta alzó la cabeza y miró al preso, tomando su habitual expresión de husmeo; arrugando su frente por la contracción de los párpados, que su mirada de viejo miope provocaba, ayudando á los anteojos; su nariz boluda de yemaciones violáceas de borracho; olió la víctima. Lo miró un rato y luego vió interrogativamente á Robleda, que le hizo un guiño, señalando con el gesto al reo.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! No te duermas, hijo.

Enrique abrió los ojos é inclinó la cabeza docilmente, preguntando, con su amable sonrisa, que ahora era la mueca de una calavera :

—¿Me hablaba Vd., Señor?

—Sí. Hombre. ¿Qué tienes, pues?

—No, Señor. Nada. Nada. Estoy un poco débil. Parece que estoy un poco enfermo. Pero no, Señor. No es nada. La cabeza. No más.

—Bueno, ¿quieres tomar algo?

—No, Señor. Nada. Muchas gracias.

En aquel momento el centinela volvió á gritar :

!!!Guardia-a-a-á!!! !!!El Ciudadano Presidente Municipal!!!

A poco se oyó el rodar de un carruaje y en seguida voces de saludo y el Alcaide que daba parte marcial de "sin novedad." En seguida entró el Cashier; venía solo, pues Ojos de Perro ya no quiso acompañarlo, fastidiado de la presencia de los Leguleyos, á los que decididamente no podía soportar. Su nobleza de raza, su altivez de sajón, se sublevó al fin y no quiso mancharse más con el contacto de aquellos "macacos" de raza inferior.

Castañeta y Robleda se pusieron respetuosamente en pié, luego que vieron entrar al Cashier. Enrique probó pararse y no pudo, tartamudeando lo saludó, y el Cashier tuvo uno de sus geniales arranques de bondad, le estrechó la mano sin cuidarse de la porquería que la cubría y se informó de como se encontraba de salud.

—Así. Así—le contestó Enrique.

Saludó en seguida de palabra á los de justicia y ocupó un asiento enfrente á Robleda, quien volvía á limpiarse el residuo de comida que tenía en el pantalón.

Enrique había vuelto á cerrar los ojos. Así parecía un muerto. Luego preguntó al Cashier si sabía algo de su esposa.

—No sé muy bien de ella—dijo el Cashier trapajosamente—creo está bien. ¿Es todo?

—Gracias. Muchas gracias—dijo Enrique.

—Continue Vd., Señor Licenciado—dijo el Cashier á Castañeta.

—“Pos” si apenas comenzamos con este muchacho—contestó; luego dirigiéndose al preso, le habló como lo había hecho con las muchachas Marignano:

—Bueno. ¿“Pos” tú ya sabes por que estás aquí?

Aquello fué un choque que lo revivió. El pobre hombre sintió algo que le apretaba el corazón y la sensibilidad renacía en él provocada por el dolor. Casi en silencio dijo:

Es muy penoso para mí ésto y no quiero ni referirme al motivo por qué estoy preso—luego como recordando algo muy lejano y dirigiéndose al Cashier le dijo:—Señor, ¿como está mi esposa?—No tenía conciencia de haber hecho la misma pregunta momentos antes. Sus labios estaban secos y su garganta apenas daba sonido á sus palabras.

El Cashier hubiera preferido estar muy lejos de allí. Tartamudeando por la conciencia de su falta y avergonzado por el papel de verdugo que representaba, volvió á hablar de Luisa:

—En lo que cabe, está bien, Señor Álvarez. Pero creo.....creo.....vamos, que si Vd. no hace algo por ella.....pues.....tal vez no la pase tan bien.

En el Cashier se había operado uno de esos cambios momentáneos que son tan comunes en los hombres de negocios, en los “money-makers.” Había sentido compasión por aquel hombre y vergüenza por su propia conducta, pero el influjo de la idea financiera que controlizaba tan poderosamente su idiosincracia, lo

dominó rápidamente y de la compasión y la vergüenza pasó á su negocio y éste le inspiró la embozada y terrible amenaza para aquel desgraciado.

—¿Qué está enferma?—preguntó ansiosamente Enrique.

—Bueno. Yo no me refiero á eso precisamente. ¿Comprende Vd.?

—¿Pues qué le pasa? ¿Cómo está?

El Cashier se vió apurado para aporrear más á aquella víctima é hizo una seña á Castañeta y agachó la cabeza, fingiendo poner toda su atención en la ceniza de su puro, la que separaba con los dedos. Enrique lo miraba, suplicando sufrientemente una respuesta.

Castañeta aprovechó esta atención concentrada de Enrique hacia el Cashier y, repentina y bruscamente, rompió el silencio, mirando fijamente á Enrique con sus ojos de miope, como queriendo fascinarlo.

—Pues es necesario que lo sepas todo de una vez. Yá el Señor Presidente te dijo lo que había hecho tu mujer. Yo por mi parte disculpo á la muchacha y pondré en su favor, todo lo que pueda, pero también es necesario que tú me ayudes. ¿Estás dispuesto?

¡Oh! Si Señor. Yo haré todo lo que pueda—

dijo temerosamente el desgraciado.

—Bueno—prosiguió Castañeta—Pues tu mujer ha confesado que robó á la Tienda, en unión de las muchachas Marignano. Esto no lo sabías tú, por que ella comprendía que no lo permitirías tú, nunca. ¿No es verdad? Por eso se puso de acuerdo con las muchachas. Ahora bien, ¿quieres tú salvarla de cuatros á cinco años de cárcel? Pues no hay más remedio que tú te confieses autor del robo. Parte de las cosas robadas se encontraron en tu casa, y de esta manera puedo yo, como Juez, disimular la culpabilidad de tu mujer, si tú declaras que eres el culpable. ¿Qué dices?

A aquel desgraciado le producían las palabras y el "tuteo" tan denigrante del viejo, más tremendo efecto que si le patearan la cabeza. Nunca en su vida, por más dolorosos que hubieran sido los trances que había pasado, había sentido tan intensa su humillación como en aquellos momentos en que la espantosa caída en aquel abismo, se crudelizaba con el tratamiento del viejo. La concepción, confusa hasta ese momento, de la culpabilidad de Luisa, ahora se le presentaba clarísima y brutal, y aquel viejo se la echaba á la cara como un puñado de inmundicia que no se pudiera limpiar y se sen-

tía obligado á aceptar su degradación, aceptación que afirmaba en su débil espíritu; la naturalidad con Castañeta le hablaba de "tu." Por más que desde un principio creyera en la culpabilidad de Luisa y aceptara también esa culpabilidad, ahora le mataba el alma. Tenía fuerza para ponerse en pié, tambaleándose, en una suprema contracción de sus nervios martirizados por el crimen de su mujer.

Al tratar de pararse, el Cashier se levantó de su asiento y le ayudó á sostenerse. ¡Oh Buen Cashier!

—Estoy dispuesto á todo—dijo llorando el mártir.

El Cashier arrimó con una mano que le quedaba libre, una silla á la mesa y sentó á Enrique. Castañeta juzgó que ya no era necesario hablar y puso delante de Enrique un cuaderno en forma de expediente y señaló, con un dedo, el lugar en que había de firmar. Enrique, sin preguntar, firmó donde el dedo de Castañeta le indicaba.

El Juez llamó en seguida á los testigos de asistencia y firmaron también, bajo la fórmula de: "Leída que le fué su declaración en ella, se afirmó y se ratificó por ser la verdad, firmando en unión del C. Juez y testigos de asistencia.

Dámos fé."

El Alcaide había presenciado aquello y su experiencia se aumentó en el concepto que tenía de la maldad humana. En su cerebro sopló algo como indignación, pero á el no le tocaba, por cierto, componer el mundo.

Castañeta retiró el pliego y lo guardó con otros papeles en un cartapacio que traía consigo.

Al concluir de firmar, Enrique inclinó la cara sobre la mesa, perdida toda conciencia y toda sensibilidad; entonces se pararon ellos, dando por terminado satisfactoriamente el asunto que los tenía allí reunidos. Se miraron unos á otros, todavía como si les faltara algo que hacer.

—¿Yá terminó todo?—preguntó el Cashier.

Castañeta lo husmeó, arrugando la predrómica nariz.

—¿Cree Vd. que hay algo más que hacer?—dijo con cierta altanería. Estaba orgulloso de sí mismo y se consideraba, despues de aquel triunfo, muy superior al Cashier, á Ojos de Perro y hasta le nacía cierto espíritu de protección hacia Robleda que, en aquellos momentos, se lengüeteaba afanosa y satisfechamente sus bigotes. Se veía el mejor servidor del Rey, pues consideraba que su inteligencia lo ponía muy por encima de aquellos "tipos" á quienes siem-

pre tenía que dar cuenta de sus actos. Enrique Álvarez se había confesado culpable; sin reticencias había llegado al final que él se había propuesto y, debajo del brazo, guardaba, en aquella declaración del proceso criminal, la prueba de su triunfo intelectual; declaración que él había redactado en la augusta solemnidad de su Juzgado, Santuario de la Justicia, y que en aquellos momentos quedaba concluida con el último toque magistral, inspirado en sus elevadas facultades de hombre de genio, al conducir al criminal al objeto que se propuso, obteniendo su firma al calce de la declaración, como el final preciso y soberbiamente calculado por él. El Rey tendría amigos y servidores, pero ninguno como él. ¡Vaya unos "Gandarrias!" aquellos que rodeaban al Rey, sin serle de la utilidad que le era él.

El Cashier adivinaba lo que Castañeta rumiaba en su simiesca cabeza y, en su fuero interno, consideraba con lástima su majadera pretensión. ¿Quién era, en realidad y con justicia, el que debía estar orgulloso por aquel triunfo? Seamos justos con el buen Cashier, pues ya sabemos que él era quien había, con lo que le dijo á Enrique, el día que lo llevó á la cárcel, inspirado en el apocado ánimo de éste, la acep-

tación de la culpabilidad de su mujer.

Castañeta habló al Alcaide y le ordenó que volviera á Enrique al calabozo.

—Yo creo que ya no es necesario que siga in-comunicado—objetó el Cashier, impulsado por su excelente corazón.

—Yo conosco mi negocio—dijo Castañeta.—En este asunto yo soy responsable de mis actos como Juez. Encierra á este hombre en el mismo calabozo—repitió, dirigiéndose al Alcaide, y luego hablándole al oído: —Espera, que yo vendré aquí á la noche.

—Mandé limpiar el calabozo—dijo el Alcaide.

—¿Quién te dijo que lo hicieras? No, Señor. Déjalo como estaba. Pronto.—El Alcaide salió á disponer lo que Castañeta ordenaba.

Indudablemente que el Juez tenía su propósito.

Salieron todos y Enrique fué conducido al inmundo cúbil, donde había de permanecer todavía por orden de Castañeta.

